Número 89.

LAS BROMAS DE LAS MUJERES.



VERDADERA RELACION

...os trágicos azares que ocasionan las mujeres amigas de bromas y ...icores á sus pobres maridos, sin atender al corto jornal que ganan, con lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Hoy pretende mi rudeza
al auditorio esplicar
lo que hacen las mujeres
cuando salen á comprar.
Hablaré por las casadas
las de corto zagalejo,
con la mantilla caida
y de mediano gracejo.
Estas salen á las ocho
á las plazas á comprar,
llevan la cesta en el brazo
y á otras suelen encontrar.

Aunque no sean conocidas
se saludan cortésmente,
y dicen: vamos, vecinas,
á beber el aguardiente.
Dice la mas descarada;
eche usted unas copitas,
por que estoy mas asustada
que las ánimas benditas.
Que tienes, dice la otra,
que estás tan acongojada?
Te lo diré si me escuchas
palabra sobre palabra.

Sí, mujer, di cuanto quieras,
que yo me alegraré mucho
de saber cuanto te pasa,
es todo mi mayor gusto.
Pues ya que me das licencia,
has de saber, Marianita,
que el bribon de mi marido
me tiene la sangre frita.
Con la mujer del cabrero
gasta todo su jornal,
y como es corto no podemos
satisfacernos de pan.
Sino fuera por mis mañas,
que le sé coger la vuelta
para hablar con mi querido,
ya estaria de hambre muerta.
Este es un gallardo mozo;
pero aunque no tiene oficio,
solamente su presencia
tiene mi afecto propicio.
El me trae de la casa
de sus padres cuanto puede,
y regala á mi vecina
por que avise cuando viene.
Yo no sé porque persona
mi marido lo ha sabido,
que lo mismo que un demonio
de continuo está conmigo.
Diariamente una peseta
solo me dá para comprar,
y esta quiere de que alcance
para comer y cenar.
Para almorzar, sabes qué hago
sino viene mi querido?
unas sopas y un torrezno
y medio chico de vino.
Pero mujer ¿no bebemos?
vaya otra ronda, Juliana,
esta dice: eche usted copas,
y dos bizcochos por barba.
Responde la Micaela,
si no lo tomas á enojo
no puedo menos decirte,
que lloras con solo un ojo.
Tu marido no es tan malo,
pues tanto te maravillas;
no hay dia el mio que á mí,
no me sobe las costillas.
Si el mio á mi me entregára
una diaria peseta,
no me habia de ganar
ninguna á estar petrimetra.
Yo no soy tan desgraciada,
replicó la Micaela,
tengo buen palmo de cara
y no falta quien me quiera.
Y por último, señoras,
hasta ahora no hemos bebido,
échese por mí una ronda
y vengan todas conmigo.
Todas pagaron tres veces
antes de ir á comprar;
y dán palabra á Micaela
que la han de acompañar.
Salen todas en tropel,
en amor y compañía,
y en seguida se metieron
en una buñolería.
De estos mandaron sacar
con palabras indecentes,
que la fuerza del licor
ya las tenia dementes.
Comieron sin saber qué
mirándose unas á otras,
y ablando casi en francés
dicen: ¿quien hará las compras?
Dá el reloj las diez y media
y se fueron á comprar,
y la que gastó los cuartos
se ha tenido que empeñar.
Dejemos en este estado
aquesta primera plana,
que en otra segunda parte
la daré finalizada.

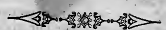
FIN DE LA PRIMERA PARTE.





SEGUNDA PARTE.

DE LAS BROMAS DE LAS MUJERES.



dije en la primera parte
fueron á comprar
da cual por su camino
con incomparable afan.
mas caro y lo peor
man sin regatear,
mirar que su marido
muy poco jornal.
ste sale al ser de dia,
dice: mira, mujer,
por Dios que á las doce en punto
he de venir á comer.
Viendo esta que son las once,
por no tener desazon,
corriendo enciende la lumbre
echando doble carbon.
Garbanzos, carne y tocino,
echa á un tiempo en el puchero
sin fregar por no acordarse
de no haberlo hecho primero.

Tanta prisa le dá al fuelle,
que se olvida de quitar
la espuma que hace la carne,
por qué la echó sin labar.
Pica al punto la verdura,
dan las doce menos cuarto,
y con un papel de estraza
limpia cucharas y platos.
Al fin, ya viene el marido,
y esta qué le vé entrar,
dice: ahora llega la mia,
y así le principia á hablar.
Mal haya sea el tendero,
que me ha dado unos garbanzos,
los mas caros y mas duros,
no hay lumbre para ablandarlos.
Apenas tú te salistes,
cuando los puse à cocer
y aunque quieras, á su tienda
no he de volver otra vez.

De manera, hombre, que estoy
enteramente aburrida,
que no he podido hacer mas
que atender á la comida.
El marido le responde
has atendido muy bien,
¿no te dije que á las doce
habia de venir á comer?
Pon la mesa y vamos pronto,
que yo me voy á marchar,
y sin comer no me voy,
que tengo que trabajar.
Deja le echaré la especia,
y unos granitos de sal,
y mientras tanto en el plato
las sopas puedes cortar.
Ya remojaron las sopas
y han principiado á comer,
cuando nota de que el caldo
amarga como la hiel.
Mujer de dos mil demonios,
¿donde tienes el sentido?
¿te has empeñado en estar
en campal guerra conmigo?
Esto no es para cristianos,
al punto esas sopas quita,
y por que nadie las vea
echalas en la garita.
Los garbanzos en la olla
todos se habian pegado,
y con la fuerza de la lumbre
se habian asocarrado.
Y viendo aquesto el marido,
todo falto de paciencia,
olla, comida y cuchara,
se lo tiró á la cabeza.
Con un hueso de la carne
como era de cabeza,
se le ha clavado en un ojo
y cayó al suelo traspuesta.
Maldiciendo su fortuna
se fué el pobre á trabajar,
y ella volviendo á su acuerdo
ha comenzado á gritar.
Favorecedme, vecinas,
que me mata mi marido,
llamen á la justicia, y esta
que lo ponga en un presidio.
Acude la vecindad,
y viéndola ensangrentada,
la dicen ¿por qué ha sido esto?
y ella responde: por nada.
Llaman en fin al alcalde,
y con él á un cirujano,
y atajándola la sangre
á su marido llamaron.
Este dando su descargo
en buena declaracion,
por curarla al cirujano
tuvo que darle un doblon.
Al alcalde tres ducados.
al ministro una peseta;
y por último remate
se quedó la mujer tuerta.
Esto sucede á menudo
nadie lo puede dudar;
¿que haya hombres viendo esto
que se atrevan á casar?
Ojo alerta, caballeros,
tomar en esto dechado
mientras merece el perdon,
el autor, Pablo Cruzado.

FIN.

CARMONA.
Imprenta de D. José M.ª Moreno, calle Madre de Dios, núm. 1.